

HENRY Kissinger ha llegado a la cumbre gracias a su indiscutible maestría en el arte de seducir. Su sentido del humor (en esto es más judío que alemán), su espíritu cáustico y su brillo hacen de él una excepción entre los «robots» que suele producir la Casa Blanca. Kissinger dice lo mismo que Nixon, pero con una amabilidad de tono y una sutileza que suscitan admiración. Escucha cortésmente las opiniones que divergen de la suya, con las que finge a veces estar de acuerdo, engañando así frecuentemente a sus interlocutores.

Kissinger es sobre todo un actor formidable. Con los pacifistas se les da de mártir, juega al pequeño judío a quien nadie quiere, al que nadie trata de comprender. «¿Qué haríais vosotros si estuviérais en mi lugar?», pregunta. Es un buen método para establecer lazos.

Por el contrario, cuando se dirige al «clan» de los patriotas se convierte en maestro implacable de una «realpolitik», en defensor a ultranza de los intereses americanos, dondequiera que estén. Así, mientras explica a los pacifistas que los norvietnamitas podrían conseguir lo que quisiesen con tal de confiar en él, de tener paciencia, de dejar de comportarse como «pequeños juristas puntillosos», según confesó recientemente a Norman Mailer, les asegura a los periodistas de derechas que trabaja incansablemente en pro del mantenimiento del poder americano en Vietnam.

Hay, sin embargo, otro rasgo en su carácter que le ha facilitado extraordinariamente la ascensión: jamás hace nada sin estar seguro de que va a tener éxito. Nunca le veremos navegar a contracorriente. Y lo que él llama «aprovechar un momento de la Historia» no es, en la mayoría de los casos, más que puro y simple oportunismo.

Para entender el éxito de Kissinger hay que recordar a su modelo: Metternich.

Aunque Metternich se jactase de proceder científicamente en política, tenía en realidad un gran talento de artista. Fascinaba a sus colegas y contemporáneos. Igual que Kissinger. Pues los dos hombres tienen mucho en común. En Kissinger, el arte de la ambigüedad raya con el genio. Sus eflujos son tan sutiles que provocan en sus adversarios una delectación morosa.

Metternich demostró claramente la eficacia del talento personal en la diplomacia. Es lo mismo que ha hecho y está haciendo el artesano del gran cambio de rumbo de la política americana respecto de la URSS y China. Sin duda, la Historia agradecerá un día a Kissinger el formidable talento de negociador por él desplegado en esta ocasión. Pero si se examinan un poco más de cerca estos acercamientos, uno se da cuenta de que eran inevitables.

Nada en el pasado de Kissinger o en el de Nixon parecía preannunciar este cambio. Sin embargo, ya en la campaña de 1968 se habían lanzado ciertas alusiones. Claro que éstas cuadraban tan mal con el temperamento de uno y otro hombre, que nadie había parado mientes en ellas. Kissinger era por aquella época consejero de Nelson Rockefeller



LOS HILOS DE KISSINGER

ler en materia de política exterior. Este último pronunció entonces dos discursos, cuya importancia sólo hoy descubrimos. En mayo de 1968, Rockefeller preconizaba «un diálogo con la China comunista», así como relaciones más amistosas con la Unión Soviética para llegar a una solución del problema de Vietnam «en el marco más amplio de las relaciones internacionales». El segundo discurso dejaba entrever todos los beneficios comerciales que cosecharía la Unión Soviética si este país trabajase en pro de la paz de Vietnam y si dejase de explotar las «crisis locales, como las del Oriente Medio».

Ahora sabemos que Nixon compartía las mismas preocupaciones. Según el libro de su ex consejero, Richard J. Wahlen, su «plan secreto para la paz» consistía en conseguir una solución favorable para Norteamérica en Vietnam, a cambio de concesiones económicas y políticas a Moscú y Pekín. Ahora se recuerda su conferencia de prensa de abril de 1968, en la que declaró que sus opiniones en torno al comunismo habían variado debido a que éste ya no era como antes, monolítico; que «la época del enfrentamiento estaba dejando paso a la de la negociación», que el éxito de esta negociación dependía de las dimensiones de la mesa de conferencias: ésta «debía ser lo suficientemente grande y los problemas tratados lo bastante am-

plios para acomodar al mayor número posible de potencias e intereses implicados». Estaba claro: Nixon abogaba por un acuerdo entre Grandes.

El viraje de la política americana será visto mañana por los historiadores como consecuencia de tres factores. Los misiles balísticos intercontinentales soviéticos, que, por vez primera, han hecho a América vulnerable a un ataque devastador, sean cuales fueren el arsenal militar y la capacidad de respuesta de Washington, han convertido en una necesidad la creación de «esferas de influencia». El segundo factor está relacionado con el despertar económico del Japón y de la Europa Occidental: la competencia en torno a mercados y recursos ha podido más que las diferencias de ideología con Moscú y Pekín. El propio Vietnam constituye el tercer factor. Nixon y Kissinger han querido crear en ese país una situación que permitiese llegar a una solución favorable o que por lo menos no desprestigiase a los americanos. Este viraje político ha sido posible gracias a la presencia en el poder de los republicanos. Jamás los demócratas hubiesen podido negociar los acuerdos de limitación de armamentos estratégicos (SALT), las ventas de trigo a la URSS o la visita a Pekín sin arriesgarse a ser acusados de estar vendidos a Moscú o de haber dejado el Extremo Oriente en manos de los comunis-

tas. En la oposición, los demócratas difícilmente pueden emprender esa política de distensión que los mejores de entre ellos llevan ya años preconizando. De ahí que la oposición a esta nueva política se haya limitado a un sector de excitados de la extrema derecha. Nixon, el ex «terror de los rojos», se convierte de pronto en el benefactor que envía trigo a los soviéticos hambrientos. Nunca se habrán manifestado de modo tan bizarro en la Historia el destino o la providencia. Sin embargo, esos son los hilos que ha manejado Kissinger para llegar al poder. Tales son los datos que han conducido al discípulo de Metternich y a la política americana a una reconciliación bastarda con Moscú y Pekín.

¿Debemos felicitarlos de ello? «Los únicos momentos de la Historia en los que el mundo ha conocido la paz —declaraba el año pasado Nixon, haciéndoles eco a Kissinger y a Metternich— han sido aquellos en que se ha instaurado un auténtico equilibrio de potencias... Pienso que en el mundo habrá más paz si los Estados Unidos, Europa, la URSS, China y el Japón se fortalecen y prosperan económicamente; así todos los países se equilibrarán mutuamente y nadie podrá utilizar a unos contra otros...».

Pero, ¿de qué equilibrio se trata? ¿Puede establecerse un paralelo entre China, uno de los países

más pobres del planeta, y la URSS, superpotencia nuclear? ¿Puede compararse entre sí a Estados Unidos y al Japón? Este último país, aunque débil, tiene un superávit tal en su balanza comercial, que puede permitirse amenazar al dólar y poner así en peligro el equilibrio monetario Internacional.

Jamás ha conocido el mundo a lo largo de su Historia un verdadero equilibrio. Los periodos de paz han sido siempre periodos de preparación para la guerra. El famoso «concierto de Europa», que presidía Metternich, sonaba a falso desde el mismo momento de su creación. Las revoluciones de 1830 y 1848 iban a socavar sus cimientos y provocar así la caída de Metternich.

Hoy conocemos las consecuencias del «equilibrio de potencias»: carrera de armamentos, división de Europa en bloques hostiles, primera guerra mundial. Una vez acabada la matanza, una vez hecho el repertorio de los campos de ruinas, los hombres intentaron resucitar la idea de equilibrio de potencias y desearon sinceramente limitar su soberanía nacional en beneficio de una confederación mundial. Pero también esta vez fracasaron, y así volvió a repetirse el ciclo infernal: equilibrio de potencias, carrera de armamentos, segunda guerra mundial y segundo intento de organizarse a escala mundial. Los resultados tampoco esta vez fueron concluyentes, y las Naciones Unidas fueron pronto postergadas en provecho de un nuevo equilibrio de bloques hostiles, preocupados únicamente de incrementar sus respectivos arsenales. Y vuelta a empezar.

Tal vez convendría bucear en la Historia en busca de enseñanzas. Al solicitar del Senado americano, en 1919, la aprobación para que el país pudiese unirse a la Sociedad de Naciones, Woodrow Wilson explicó que la idea de «equilibrio de potencias» equivalía en realidad a un «equilibrio del terror». Esto no ha sido nunca tan cierto como hoy, que vivimos el equilibrio más precario y peligroso que darse pueda: el del terror nuclear. Es preciso prestar de nuevo oído a las palabras de Wilson, imaginar la fantástica carnicería que los motivó:

«Todos los acuerdos firmados en Europa, sellados en el mundo con anterioridad a las guerras, han tenido siempre en cuenta la posibilidad de su estallido. A las gentes preocupadas por ello se les decía que las flotas y los ejércitos a cuya creación y mantenimiento habían contribuido eran sinónimos de paz, pero esas gentes, esos pueblos, saben hoy que se les mintió, que las flotas y los ejércitos sólo han servido para fomentar ambiciones nacionales y que tenían un único objetivo: la guerra. Ahora saben que la política, tal y como se concebía comúnmente, no tenía en cuenta más que un solo criterio: la fuerza, la fuerza y siempre la fuerza. Esos pueblos saben que es intolerable...».

¿Cuántas nuevas guerras habrá de padecer este planeta antes de que los hombres comprendan por fin que esa política de farsa y engaños que practican Nixon y su consejero, Kissinger, es hoy inadmisibles? ■ I. F. STONE.

EL CASO DE BUCHNER-ROMERO

¿Es TRIUNFO un «semanario político de izquierdas»? Lo afirma enteramente Emilio Romero en su «martes» del diario «Pueblo» (7 de noviembre). Poco antes, calificaba al diario «Ya»: «Diario católico, diario de derechas». Objeto: demostrar «que nuestros vicios respecto al diálogo, a la comprensión y a la convivencia son imputables en todos los terrenos o espacios de nuestra situación». ¿En qué han faltado «Ya» y TRIUNFO al diálogo, la comprensión, la convivencia y aun a la «objetividad» y a la «ética»? El diario «Ya» publicó un soneto de Jaime Campmany sobre Emilio Romero y no la respuesta de éste; el crítico teatral de TRIUNFO, Monleón, señaló el próximo estreno de «La muerte de Danton», de Büchner, y no dijo que la versión era de Emilio Romero. Consecuencia: la derecha y la izquierda, «en todos los terrenos o espacios de nuestra situación», están viciadas. ¡Qué importancia nacional se da a sí mismo Emilio Romero, qué valores asume, qué piedra de toque se cree que es!

Pero, ¿es TRIUNFO un semanario político de izquierdas? ¿Es «Ya» un diario de derechas? Volvamos atrás un párrafo en la lectura de la misma entrega de Emilio Romero, en la que glosa unas declaraciones de Miguel Mihura: «Hay personas que se empeñan en encasillar a muchos en "derechas" o "izquierdas", y resulta que las izquierdas o las derechas, por separado —viéndolas en su perspectiva histórica—, tienen cosas buenas y razonables. Aquellas fronteras son ya borrosas, y parece que si han de prevalecer esas denominaciones, urge que sea sobre otras bases». Antes, Emilio Romero ponía más espacio entre sus propias contradicciones. Ahora ya no puede evitarlas en el espacio de una misma columna. Debe ser un efecto de la aceleración histórica. Algo propio de los fines de época.

Derecha e izquierda, las del autor. La cuestión es un problema de autor. Demos satisfacción en su demanda a Emilio Romero. Según explica, la obra de Büchner apenas es de Büchner. «Tiene un setenta por ciento de la Historia y de mí mismo», dice. El señor Romero colabora frecuentemente con la Historia. Esta vez, con la de la Revolución francesa y el período del Terror: Büchner la tenía muy cerca, y, dice Romero, entonces, su obra está llena de desfiguraciones históricas. El rigor histórico de Emilio Romero no podía dejar pasar semejante cosa. Le queda a Büchner un 30 por 100 de autoría: pero como tenía veintitrés años cuando la escribió, y eso sucedía en el prerromanticismo, «está llena de afectación y de cursilería, imposible de llegar, como se escribió, a orillas de nuestro tiempo». Levantemos, pues, acta. Queda en pie la duda de por qué Emilio Romero escogió la obra de Büchner, errónea en lo histórico y cursi en lo literario, en lugar de escribir lisa y llanamente una obra propia sobre la muerte de Danton, la Revolución francesa, el Terror y todo lo demás.

Sepamos quién es Büchner. Nuestro crítico teatral, José Monleón, está en estos momentos en los Estados Unidos, y debe ser, sin duda, atenazado por el arrepentimiento de no haber citado a Emilio Romero: seguro que cuando vuelva nos confesará que fue un error involuntario, y nosotros nos lo creemos sin la menor duda. En su ausencia, tenemos que explicar, siendo profanos en materia teatral, algo de Büchner a nuestros lectores, para que comprendan algo de la cuestión. Büchner, nacido en 1813, en Goddelau, cerca de Darmstadt, estudiante de Medicina, fue un revolucionario activo. Estaba, ciertamente, imbuido de la Revolución francesa, y pretendía trasplantarla a Alemania. Fundó en 1834 la Sociedad de Derechos del Hombre; en la ciudad de

Giessen, creó una organización y trató de sublevar a los campesinos «contra la monarquía tiránica del país». Era la época, recordemos, de Guillermo III, la época de la persecución contra los «demagogos» y, muy concretamente, contra los que se llamaron «los patriotas»; 1834 es el año de la Conferencia de Viena, el año en que huyen de Alemania Marx y Heine. Büchner —a los veintidós años— escribe el «Mensaje de Hesse» y lo distribuye clandestinamente entre los campesinos: los campesinos se apresuran a denunciarle a la Policía, y Büchner se oculta. En su escondrijo escribió, precisamente, «La muerte de Danton». Fue denunciado, huyó a Estrasburgo y renunció a la política activa: Alemania, pensó entonces, no estaba madura para la revolución. Escribió «Leoncio y Lena», para el teatro, una novela —«Lenz»— y otro intento teatral —«Woyzeck»—; terminó su doctorado en Filosofía y fue profesor en Zurich, y en 1837, a los veinticuatro años de edad, murió. Y fue olvidado. Probablemente seguiría olvidado, y nadie —ni Emilio Romero— se acordaría de él, de no haber sido por Max Reinhardt, que le descubrió casi un siglo después de su muerte. Encontró que la obra no era histórica, sino que planteaba la cuestión de las relaciones entre el pueblo y el jefe. El descubrimiento de Reinhardt fue espectacular: los grandes productores se lanzaron sobre ella. Citemos dos: Orson Welles y Jean Vilar (este último, en el Teatro Nacional Popular de París). Y observemos que los tres consideraron que la obra, tal como estaba escrita, podía llegar perfectamente «a orillas de nuestro tiempo»: no la tocaron. Nadie encontró cursi ni afectado a Büchner. Para Serrau, Büchner «revolucionaria hace un siglo todas las tradiciones del teatro»; para Gassner, «La muerte de Danton» es «seminaturalista y semiexpresionista». Para Julio Diamante —traductor y director de Büchner en España—, la obra «no puede considerarse como histórica. Su íntimo significado hay que buscarlo en el conflicto entre dos temperamentos opuestos, entre dos maneras de ver y sentir la vida: Robespierre y Danton. Robespierre, frío, inflexible y puritano, y Danton, desbordante de energía, anárquico y sensual, sostiene una batalla de conceptos y sentimientos contradictorios que se libraba en el interior del joven Büchner».

¿Era posible que «La muerte de Danton» llegara íntegra a nuestros escenarios? Sin duda, no. Las representaciones que se han dado de ella en el mundo duran más de cuatro horas. Nos dicen que la de Romero durará, poco más o menos, dos. Podría haber, además, otras causas de inquietud. Morales, quizá políticas. La colaboración de Emilio Romero —y dice en sus líneas que, para más detalles, se puede uno dirigir al subdirector general de Teatro, Mario Antolín, y al director de la pieza, González Vergel— puede haber sido muy útil para esta tarea, y, sin duda, es muy justo reconocerle la paternidad de la obra, no ya en los elevados porcentajes que reclama, sino en su totalidad. Conclusiones, naturalmente provisionales, a las que llegamos solamente por sus palabras en «Pueblo», y que pueden modificarse cuando se estrene la piecica. De la cual, sin duda, Monleón podrá hablar con más conocimiento de causa.

Pero conviene dejar la última palabra al autor, refiriéndonos en este caso a Büchner (el otro autor, el señor Romero, tendrá siempre la última palabra): «¡Dios nos ha escrito la Historia para la edificación moral de las muchachitas! Mis personajes son conforme a lo que yo creo que es la Naturaleza y la verdad histórica. Me río de aquellos que querrán hacerme responsable de su moralidad o de su inmoralidad...».